

A salvo de la destrucción

Claudia Hernández de Valle-Arizpe obtuvo el premio único de poesía en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2015. El jurado estuvo integrado por Marianne Toussaint, José Ángel Leyva y Myriam Moscona.

La autora agradece el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para la escritura de este libro.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

CLAUDIA HERNÁNDEZ DE VALLE-ARIZPE

A salvo de la destrucción



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

A salvo de la destrucción

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Claudia Hernández de Valle-Arizpe

ISBN: 978-607-495-481-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/11/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A Rafael y a Sofía, siempre

Edward James (Escocia, 1907) escribe su única novela: *El jardinero que vio a Dios*, en 1935. Financia la producción de la célebre revista *Minotauro* y se hace mecenas de pintores surrealistas como Salvador Dalí y René Magritte. En 1944 viaja a México, donde conoce a Plutarco Gastélum, telegrafista y boxeador; juntos van a Xilitla, en San Luis Potosí, donde James compra Las Pozas. Cultiva allí miles de orquídeas durante años, hasta que una helada arrasa con todo; poco después inicia la construcción de un jardín surrealista junto con Plutarco y más de 40 albañiles y artesanos. Levantan 36 esculturas sorprendentes.

LA REPRODUCCIÓN PROHIBIDA

Yo te invento

La guerra no ha comenzado.

Viajo a tu país, a tu ciudad,
y en este momento
estoy llamando a tu puerta.
¡Comienza cuando quieras!,
dice el sol pálido de tu cara al recibirme.

En el salón
la luz de la tarde a tus pies
se yergue como un animal,
va hacia la puerta y nos deja.

Lo que miro es el cielo en el vidrio
con sus nubes bajas.

Avanzan rápido:
“No hay que temer a la luz del sol
con el pretexto de que casi siempre
ha servido sólo para iluminar

un mundo miserable”,
escribo sobre las nubes borregas
que me hacen sentir en casa.

Arthur Gordon Pym también mira
un cielo de aves blancas —dices
tendiéndome el libro de Poe.

Aparece la empleada con el té de las cinco:
¿Quiere leche?
Brillan limones sus rodajas;
su filo amarillo encierra cada rueda del velocípedo.

En un año comenzará la guerra.

¿Sabes, Edward? Esta vez no pintaré tu rostro
invisible bajo el frío de la luz eléctrica
en el resplandor que ciega.
(Retraté a una mujer
y a un hombre hace nueve años
pero nadie podrá conocer sus caras.)
La tuya también quedará oculta para siempre.
Negra sobre el mar (claraboya),
flotará en tu cuello.
La elegancia de tu rostro vela sus deseos.

Mi cara en cambio es vulgar:
la expresión de un pintor que nada esconde.

(Mi enigma está en el lienzo.)
Por ello, al trazarte,
yo te invento, Edward. Te creo.

Ando tu casa
y extraño el silencio de la mía.
Ando el insomnio
y extraño el cuerpo de mi mujer,
su torso esculpido mientras duermo.

La biógrafa

Alguien más respira en esta página
alguien escribe sobre mí.
Para entenderme
ella observa mis pinturas,
recorre museos y lee bajo un marco:
Lessines, Bélgica, 1898.
Calcula mi edad a la hora en que muero.
Al hurgar en mi biografía,
se detiene en los oficios de mis padres.
De ahí la razón de su indumentaria,
de ahí su gusto por pintar sombreros
—sonríe satisfecha con su hallazgo—
al momento en que le grito desde acá:
¡Ingenua!
¿Cómo explicarle, para empezar,
que nunca vi el cadáver de mi madre
cuando lo sacaron del río?
¿Que soy leyenda mirando su blusa
con algas pegadas al rostro?
Le digo: Imagina, mejor,

al huérfano que observa las ramas en el agua
como si fueran ellas los cuerpos
de quienes eligieron morir.

Piense esto y aquello —le sugiero—
y diga un qué, *quai*: muelle del que parto,
andén al que regreso siempre.

¿Sabe algo de nuestra amistad, por ejemplo?

Oigo sin mirar
y así veo.

FERNANDO PESSOA

El retratado

Frente al espejo

llegan a mí los versos de un poema
que no se ha escrito.

Atrás, ruidos de vidrio y madera;
pequeños tropiezos.

Me estás pintando. Has comenzado.

De espaldas frente a ti,
viendo sus ondas de mar oscuro,
haré que tu cabeza flote, dijiste:
tampoco tendrás cielo
y tu cuerpo será una habitación
sin luz artificial ni sombra.

Como tus jardines, mi casa vuela
mientras obedezco tus órdenes:
¡Sé árbol que no se mueva un ápice!

Los ojos cerrados, entro a un lugar
que todavía no conozco.
Al final de las montañas,
al otro lado del mundo,
no estoy a donde he llegado.

Nadie es nativo del país en que nace
por eso miro lejos de esta casa,
yo, noble, heredero y huérfano;
el poeta que no es célebre,
mecenas que tú dibujas sin cara
igual que a tu pareja de amantes.

Atrás de mí escucho el pincel:
su énfasis buscando esta luz,
su piel en los muros y en el espejo.

Entro al jardín de un verde igual
y distinto al césped rasurado de mis casas.
Distinto porque es salvaje y turbulento,
igual porque me deslumbra.

Desde mi ventana en West Dean House
nada se mueve afuera.
Quizá por eso busco más lejos,

donde sé que el campo ya no es mi propiedad
y se vislumbra algún desperfecto humano.

Siéntate y descansa —dices—.
Con su tintineo cencerro
la empleada me devuelve al mundo.
Soy un ciprés frente al espejo
en tus largas horas de pintarme
en un cuadro que tuvo nombre
aun antes de que lo imaginaras.

*Un mot peut prendre la place d' un objet
dans la réalité.*

RENÉ MAGRITTE

Terminar la obra

He intentado el eco:

un solo hombre y dos cabezas.

81.3 x 65 cm para una figura delgada

y por partida doble, la prohibición de tus ojos.

¡Voltea!, gritarán cuando te vean de espaldas

los impacientes,

los más curiosos,

los que odian lo prohibido.

“Un objeto no depende a tal punto de su nombre

que no se le pueda encontrar

otro que le convenga más”.

Aquí no eres Edward James.

¿Qué nombre te conviene?

“La travesía”

“Ciprés”

“Puerta”

“El mago”

“Farol en la calle Boethers”.

¡No! —protestas al oír mis pensamientos—

Llévame lejos de esta tierra:

a la caña, al palo mulato, al cafetal bajo el agua, al maíz que espera

[el tajo.

¿Has visto, por ejemplo,

a quienes descansan del calor en la sombra de un mango?

Está bien, respondo,

mientras guardo pinceles y frascos:

¡Te daré otro nombre!

ILUMINACIONES

I

Mirlo

Ocelote

Pecarí

¿Qué fauna nueva es ésta?

Mirlo que es zorzal de montaña,
de húmedo bosque.

No el mirlo negro de su infancia,
blackbird que es *mockingbird* que es ceniztli,
¡qué confusión de palabras!

Se le atora al gringo
el ruiseñor que es ceniztli.

Aquí en Cuernavaca nada le sorprende
porque viene de Malibú y Los Ángeles
que se parecen mucho a Cuauhnáhuac.

Eso dice.

¿Qué del clima? —le pregunto— ¿De estas lluvias
sepultadas bajo un sol repentino?

¿Son tan iguales?

Ah, este gringo;
inglés —me corrige— que no es lo mismo.

Noble afirma ser el güero
con su cara de búho y sus manos
que describen monzones
y una humedad que lo va penetrando todo.

Si ha visto tanto, Sire, ¿qué busca?

“Las iluminaciones de otra tierra.
Un lugar que aparece en mis sueños.
Una tierra que tocarán mis manos
y tus manos oscuras;
su plantación de tabaco abriéndose a mí
cada mañana”.

Luego se sienta al centro del jardín;
cuerpo grande que retoza,
ojos de canica en las nubes
y antes de caer dormido:
“Son nuevas las palabras, Plutarco”.

II

Valles y cañadas en las pupilas del Sire.

Eco de paisajes largos
de mis ancestros de mi abuelo
donde a las márgenes de un río
hacia arriba del cañón y al norte del cielo,
vuelan águilas calvas.

Horas en silencio con E.
Cuando despierto me está mirando.
¡Plutarco!, oigo que me llama en las noches
desde el más allá, mi madre
que ignora este largo trayecto.
¿Hacia dónde van? ¿Qué andan buscando?
Duermo en petate y el frío bajo mi columna
chifla goznes de hueso
y, cuentas de un collar,
las letras de tu nombre.
“Una ronda, Plutarco,
como las palabras nuevas que escucho,
repito una y otra vez

y nunca aprendo.

Un jardín sin trazo que pueda reconocerme”.

Se ha dormido Eduard sobre un colchón

que rechina a cada vuelta

oigo su boca

y es verdad, madre, que nada sé

de este pájaro de esta lechuza blanca.

III

Si sus hojas son firmes y carnosas (como tú),
necesitan más luz.

Si suaves, anchas y delgadas,
más sombra (como yo).

Si demasiada luz las palidece,
muy poca las tiñe de un verde sin floración.

Van a crecer en el tronco,
colgarán en balsas de helechos
respirando sobre el musgo
como lo haces al dormir, al soñar con tu madre
a quien le hablas de mí,
de nuestro viaje al Edén.

Cruzamos la sierra
hasta el bosque de orquídeas.
Nada sé de estas flores.
¿Cómo no matar su raíz?

IV

Brotarán en sendas exuberantes

los vericuetos del agua,

tus gestos

tus pupilas

tu piel yaqui

tensa como un arco.

Crecerán como orquídeas de tierra y de aire

tu boca

y tu lengua

sobre mi piel que te busca

con su agujijón en el vientre.

Soy el nuevo hijo de mi padre,

soy el lord de piel tatuada

en tus ojos.

Escuchas del río sus acertijos

cuando entro a tu habitación y declaro:

Es tuya la plantación de café. ¡Alégrate!

EL JARDINERO QUE VIO A DIOS

On a threshold of a dream

I

Al atardecer se baña.

Hay quienes lo observan
escondidos entre plantas.

¿De dónde ha vuelto este hombre?

Recargado en una pared,
a veces habla de caballos
y se agita con el vaivén de su grupa.
Observa los senos y la cabeza carneril
de una mujer pintada en el muro.

A sus 57 años
E. duerme con el cansancio de un viejo
y sueña una helada feroz.
Al percibir el viento frío de su niñez
la neblina le cubre el rostro

junto a una revelación: ¿quién lo acecha?
¿Quién envía señales desde el alba?

Cuando abre los ojos de no haber dormido
es un niño de cabello blanco.

II

A dos años de aquella helada
que fue bajando desde los cerros
todos callan.

“La memoria sin olvido
guardará sus visiones de tierra y de aire”,
le dice una voz muy vieja
al extranjero de Xilitla.

En ese mismo sueño
E. sigue los pies mojados de Tilly, su exmujer.
Los ve dejar su huella
en la alfombra que desciende
y los mira regresar
como si un barco volviera sobre la estela
que apenas trazó en el agua.

Crece con su olvido
los pasos de esa mujer.
Cae nieve sobre su rastro
y al amanecer
sus huellas son de perro.

Planta y piedra de las sombras:
“They want my money, they want my blood”
lee Edward en un muro
de su casa en Wimpole Street.
They want your money, they want your blood,
ladra el lobero irlandés que lo acompaña.

En ese mismo sueño
ve cómo las patas de su enorme perro
pisan las huellas de Tilly.

¿De dónde ha vuelto este hombre?

E. abre los ojos y comprende
que las manos de Tilly, esculpidas,
pueden ser flores de piedra
a salvo para siempre de la destrucción.

Construcciones

¿Qué nace primero?

Hace años, en Wimpole

“Este cuadro tuvo nombre

Desde hace una semana

de pueblos cercanos.

¿Las obras o sus nombres?

Magritte me dijo:

antes de que lo imaginaras”.

llegan albañiles y peones

Carmelo y José contratan,

[organizan.

Y les digo:

Quiero flores que no mueran,

lilas abiertas y en botón.

Que podamos caminar

sobre hojas de piedra

en un jardín salvaje.

Confusión

Dormitando entre aves,
la piel bajo telas de agua
y una hormiga roja en mi brazo,
advierdo algo blanco entre el follaje;
como pavón en el árbol,
se mueve pesado.

Froto mis ojos; aparecen varios cuerpos:

¿Quién anda ahííí?

A unos metros de distancia,

Penguins, vocifero aterrado: *Penguins!*

Emperors of the Arctic!

What the hell are they doing here?

Incrédulo aún, se acercan

y convulsionan las hojas entre ¿gritos?

Voy juntando piezas

para hallar un sentido a estos ¿pájaros?

Ya muy cerca de mí, se ríen nerviosas:

“Buenas tardes, señor Eduard”,

saludan, infiltradas, ¡cinco monjas en mi patio!

House with a roof like a whale

I

Lomo de ballena en la noche.

¿La imaginas?

Junto a esa casa
quiero hojas que no mueran, le suplico.
Expliqué a los artesanos
cómo sueño el cactus:
una planta que es una piedra
que es siempre una sombra
que nada dice de mí,
salvo la evidencia.

II

Hace décadas, en Wimpole,
Un retrato sin cara,
y en mi cabeza
de un libro
las páginas de Poe

Magritte hizo mi retrato
tenía 30 años
las imágenes terribles
sin reproducción prohibida:
siguiendo al Grampus.

¿Vendrá de allí *House with a roof like a whale*?

El ballenero avanzaba
Sobre el papel
Magritte pintaba
como ondas marinas, dijo
negra sobre el Mar del Norte:

en su expedición polar
de la historia
mi cabello oscuro
cabeza que flote, dijo
Claraboya, dijo.

Mientras oía sus pinceles
Un hombre devorando
era la imagen

visualizaba caníbales
a otro hombre
que perforaba mi seso.

III

Se eleva de entre los árboles la primera columna,
una flauta donde irá creciendo
el musgo, una flauta
para los pájaros, el pico del zorzal,
una orquesta de cenizales.

He pedido esa puerta como luna,
un círculo para entrar o salir de este jardín
con nueve pozas he soñado antes
lo que voy dibujando y otros construyen
cuarenta cabezas, ochenta manos,
ochenta ojos se abren, se cierran
cuarenta bocas mientras crecen otros seres
de piedra, invencibles frente a la lluvia, el granizo,
la helada que nos maldice.

IV

El obrero de Aquismón
de prehistóricos animales
en cumbres, cañones,
que transforma en serpientes
Llueve todo el año,
y no es fácil construir

ha visto desde niño huesos
que ahora reproduce
lomeríos de su tierra
al cielo, órganos de luz
todo el año llueve en Xilitla
bajo el agua.

Pregunto a cada hombre
Quiero escuchar la palabra,
el tambor de su vocablo
Tamasopo
Aquismón
me dice Juan,

de dónde llega
el sonido de una lengua antigua,
rebotando en mi tórax:
Tamazunchale
significa “Árbol al pie de un pozo”,
constructor.

Al margen del río Tancuilín
que se agita luego
de esta edad
pueden pasearse desnudos,

distingo un lagarto
en mi fiebre
Miro sus cuerpos,
quitarse el calzón de manta

V

Para la fiesta de mayo

Llegan menos trabajadores,

sus crestas, los ojos borrachos

de su juerga.

Prefiero estas fiestas

que todo lo envuelven

como el pulmón pequeño

que se ahoga muy rápido

Hoy llegó un hombre de Alaquines

Hace sillas y petates,

“Y cualquier cosa

Quieren tigrillos,

pero yo elijo la vibración,

y el ritmo que traen las aves.

arde el pueblo

están muriendo gallos sus

[plumas,

en el pico, en la espuela

y no las patronales

bajo una corriente de aire

[blanco

del gallo inglés

en su muerte.

que no va al palenque

sombreros de palma

que usted imagine”.

ocelotes y tlacuaches,

elijo la correspondencia

VI

Soy el niño que observa al jardinero,
lo persigue,
lo espía,
jala su saco: ¿Estás cansado?
Voy con él a guardar la pala,
ésa que afloja la tierra de los rosales.

Robusto, las botas de un gigante,
“el jardinero ha visto a Dios”,
me confesó un día mi madre
y yo la escuché.
Con mi cabeza en su regazo,
le creí.

La tierra huele distinta
en las manos del jardinero.
Lo veo arrancar una planta estéril
que luego revisa como un médico.

En otoño sus pasos crujen,
me avisan por dónde anda.
Cuando hay heladas dejo de verlo.

“Él es el jardinero y ha visto a Dios”,
repite mi madre.

ÚLTIMAS VISITAS

I

El cerro de la Silleta

es un pulgar apuntando al cielo
en señal de perdón o de victoria.
Le pregunto a Eduard: ¿En qué piensas?
De tu cuerpo y del mío va quedando poco,
leo como respuesta en sus ojos.
Mi Parkinson le aterra.

¿Es verdad que fuiste boxeador, Plutarco?
(Ignoro por qué pregunta lo que sabe.)
¿Es verdad que eres nieto de un rey?
Veo fuego ardiendo en sus órbitas.
Este hombre nos cambió la vida,
nos dio trabajo “en puras cosas inútiles”,
suelta a voz en cuello Marina, mi esposa.
“A ver, te pregunto: ¿Para qué sirve todo esto,
tanta construcción a medias?”.

II

Llegabas a tu cuarto de hotel allá
en la Ciudad de los Palacios, Madame, Señor,
señoritas de familia y de viaje,
pongan atención:
¡Nada más y nada menos
que la ciudad con la plaza
más grande del Continente!

Primicias.

Los países aman las primicias.

Primer Jardín Botánico

Primer Vertedero

Primer Manicomio

Primer Ministro

¿Y luego?

Es tu amigo el dueño del hotel
porque ¿quién más te recibiría
con boa constrictor y ratones
para alimentarla?

Los huéspedes gritan por el pasillo;
abren puertas mujeres, Plutarco,
ante la embestida de los roedores:
¿Pero, Míster, qué clase de lugar es éste?

III

Hace diez años vino Leonora
y fue pintando en la pared
una mujer carnero.
Hoy miro su brazo en la columna
y quisiera decirle algo
pero no me atrevo, Eduard, como tú,
a seguir hablando a solas.

Hace tres décadas llegamos
“al jardín del Edén, al lugar que buscaba”.
Cotorra, calandria, zopilote,
ensayabas separando las sílabas
“de cada palabra nueva”.
Chin-cho,
te-jón,
tla-cua-che, te respondía
y sacaban chispas tus ojos;
humedad tu lengua en mis labios.

Ahora esta enfermedad
hace de mí un palo.

¿De dónde llega el sonido
de una lengua antigua
rebotando en mi tórax?

Tamazunchale.

Pregunto a cada persona.
Quiero escuchar
el tambor de su vocablo.

IV

Las puertas de San Pedro y San Pablo

la anteceden:

casa de tres pisos que podrían ser cinco,
vía del tren anterior al tren,
retrato de un hombre que puede ser otro.

San Pedro, por la imagen de una iglesia
en medio del campo de tu infancia.

La iglesia, un borrego pastando;
binoculares sobre su inmovilidad
a la hora en que es una pincelada el cielo.

Yo vi ese color en las tierras tuyas:
“Vayan y conozcan Europa, Plutarco.
Vayan tú y Marina”.

Allá miré con tus ojos
la caligrafía de otros jardines;
sus mapas y laberintos
desplegaron tu cara de niño:

lechuza con aretes de oro,
patas de ave en el sótano del castillo.

Recordé tus noches de fiebre:
“El jardinero que ha visto a Dios”,
decías entre temblor y delirios
llamabas a tu madre.

Aquí, en Xilitla,
dos puertas abren paso al vacío
de nuestra morada.
¿Será ésta tu casa final?
¿En la más honda música de selva?

“No. Voy a morir lejos, querido...”.

V

Le trajeron acamayás a Marina.

Le traen bocoles.

¿Querrá probarlos?

Cae la luz con sus pájaros

y cubre su cuerpo.

No tiene ganas de comer.

Ve pardear el día, le da igual.

¿Abrimos la ventana?

¿Querrá que la toque el aire?

Soñó con el gusano,

vio árboles arrasados en tres días.

“No nos abandones, Marina”.

VI

Mientras avanza, E. mira al cortejo.

Camino bajo el paraguas.

E. saluda, se quita el sombrero.

Crujen los árboles.

Llevo una década con dolor

y mis bisagras también se quejan.

“Es el final”, parece decir Eduard,
sordo por el apareamiento de las cigarras.

Estamos al este de la Sierra Madre Oriental,
cerca de un cráter de aliento blanco,
cerca de violines y guitarras que tañen
a lo lejos, su amarilla resignación.

Retumban palabras

en su lengua de infancia y de juventud

que repite al pie de la ventana;

palabras que desde hace años conozco ya,

versos, canciones que de pronto me dice,

que siempre recuerda:

*A weather in the flesh and bone
Is damp and dry; the quick and dead
Move like two ghosts before the eye.*

VII

Llueve en Londres,
En los ojos
de plumas de ganso
llueve sin límite,
la tierra con sus borregos,
en los páramos

en Monkton y en West Dean
de mi madre, en su pecho
que no toca mi cabeza
sin pausa cae el agua y moja
sus arrecifes que braman
azules de mi infancia.

Llueve aquí también,
en los ojos
curtida por el sol y el aire
Llueve sin parar

en Xilitla y alrededores,
de Plutarco, en su cara
que respiro
la mitad del año,

sobre nuestro hermoso jardín.

Sale del bosque
el musgo
He pedido
con nueve pozas
cuarenta cabezas,
cuarenta bocas

una flauta,
para las aves
un círculo para entrar o salir
lo que voy dibujando:
ochenta ojos,
de piedra, invencibles

frente a la lluvia

VIII

Mientras oía a los deudos recordé a los caníbales:
un hombre devorando a otro hombre
en la visión que alguna vez aturdió mi seso.

Vine a Xilitla y aquí olvidé a mis padres
Siempre en el limbo, lejos de la realidad,
yo que pude.

IX

Nadar en pozas,
en la corriente que empuja
y mirar hacia adentro,
en la claridad del agua,
el bastón de luz
que penetra la superficie
e ilumina al fondo sus volcaduras.

Constelación de cerros,
planean en lo alto, hegemónicos,
águilas y zanates.
Nombres de pueblos resuenan
sus voces lejanas al centro
(la vibración de una libélula).

Y flores de piedra,
puertas sin casa,
techos resguardando la intemperie.

A cincuenta años de aquella helada
“la memoria sin olvido
guardará sus visiones de tierra y de aire”.

Índice

LA REPRODUCCIÓN PROHIBIDA

- 13 Yo te invento
- 16 La biógrafa
- 21 El retratado
- 27 Terminar la obra

ILUMINACIONES

- 31 I
- 33 II
- 35 III
- 36 IV

EL JARDINERO QUE VIO A DIOS

- 41 *On a threshold of a dream*
- 45 Construcciones
- 46 Confusión
- 47 *House with a roof like a whale*

ÚLTIMAS VISITAS

59	I
60	II
62	III
64	IV
66	V
67	VI
69	VII
71	VIII
72	IX

